

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad.
N°22. Año 8. Diciembre 2016-Marzo 2017. Argentina. ISSN 1852-8759. pp. 61-73.

Una aproximación a la expresividad corporal en jornaleros agrícolas migrantes mexicanos

An approach to corporal expressiveness among Mexican migrant agricultural laborers

María del Rocío Echeverría González *

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Instituto Politécnico Nacional, México, D. F.
mecheverriag@ipn.mx

Ibis Sepúlveda González **

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Universidad Autónoma Chapingo (UACH), Texcoco, Edo. de México.
ibiss9@gmail.com

Adela Miranda Madrid ***

Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 123, Iguala, Guerrero, México.
ademirma@gmail.com

Resumen

El estudio sobre el cuerpo humano se ha abordado en distintos contextos históricos y culturales, generando una diversidad de aportes teóricos desde diferentes disciplinas científicas que lo problematizan. En nuestros días a pesar de estos avances, los críticos en el área plantean la necesidad de articular su comprensión a través de un enfoque multidimensional y de estudios no fragmentados. La fenomenología de la corporalidad en poblaciones de jornaleros agrícolas migrantes en México indica ausencia de teorización. El presente artículo, no propone una revisión exhaustiva del tema, no obstante, explora la relación cuerpo-desgaste-maltrato, con relación a lo que acontece en distintas espacialidades producidas en los mercados de trabajo agrícola neoliberales que someten permanentemente la voluntad de los actores. Postulamos que el cuerpo inscrito en las huellas de las trayectorias migratorias, representa una clave analítica importante para la tipificación de este sector.

Palabras clave: Cuerpo; Gestualidad; Habitáculo; Jornaleros Migrantes; Invisibilidad Humana.

Abstract

The study of the human body has been approached in distinct historical and cultural contexts and generated a broad diversity of theoretical contributions from the perspective of the different scientific disciplines that problematize it. Despite these advances, however, critics of this field still posit the need to articulate its understanding through multidimensional, perspectives and holistic, unfragmented studies. The phenomenology of corporality in populations of migrant agricultural laborers in Mexico reveals the absence of theorizing. While the article does not pretend to offer an exhaustive review of this topic, it does explore the body-wear-mistreatment relationship in the context of what occurs in the different spatialities that emerge in neoliberal agricultural labor markets that permanently subject the wills of actors. We posit that the body inscribed along the trail of migratory trajectories constitutes an important analytical key for typifying this sector.

Keywords: Body; Gestuality; Humble Dwellings; Migrant Laborers; Human Invisibility.

* Doctora en Ciencias Agrarias, Investigadora Nacional CONACYT, Instituto Politécnico Nacional.

** Doctora en Ciencias Agrarias, Investigadora Nacional CONACYT. Profesora-investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma Chapingo (UACH).

*** Doctora en Historia. Perfil Prodep. Profesora-investigadora de tiempo completo en la Universidad Pedagógica Nacional.

Una aproximación a la expresividad corporal en jornaleros agrícolas migrantes mexicanos

Introducción

El presente artículo es resultado de diversos proyectos de investigación académica desarrollados del año 2009 al 2015¹. Se han observado distintos momentos y espacios en que transcurre la vida de los jornaleros agrícolas migrantes de México, en diferentes nichos laborales receptores de esta fuerza de trabajo. Particularmente hemos focalizado el interés y la reflexión en las fértiles tierras del valle de Yurécuaro, Michoacán, México, donde llegan personas desde distintas comunidades indígenas para emplearse en la cosecha de tomate, chile y cebolla.

La migración interna en México implica que los trabajadores, al abandonar sus comunidades de origen para emplearse en las zonas agrícolas contratantes, se incorporen a situaciones de vida muy difíciles. Hemos distinguido tres espacialidades determinantes que exhiben la relación cuerpo-desgaste-maltrato y con ello el envejecimiento prematuro y pronto declive. *Las moradas*, que no reúnen las condiciones de habitabilidad; *el transporte*² en que se trasladan y; las agotadoras cargas de *trabajo* a cielo abierto desempeñadas sin descanso.

Los sujetos al ingresar a edad temprana e intensiva a las labores y alojarse cerca de los campos agrícolas, adaptan el cuerpo tanto al trabajo como a los distintos espacios, incorporándose a un *continuum* proceso disciplinario de agravio.

La metodología de corte cualitativa recopilada durante el trabajo de campo muestra elementos visibles e imperceptibles. Para el caso de lo intangible, por ejemplo, desde el punto de vista de nuestros informantes, cuando se requería que éstos explicaran la experiencia corporal en sus habitáculos, el testimonio no siempre aparecía en el discurso o representaba un malestar. En los hallazgos visibles, los

1 Agradecemos al Dr. Luis Arturo Ávila Meléndez la colaboración en estos proyectos y al M. en C. Noel Angulo Marcial por la revisión del trabajo.

2 Este tema se aborda en otros trabajos.

actores enfatizaban continuamente los altos riesgos laborales a los que se exponían, la desprotección, las injusticias y el dominio-autoridad ejercido por parte de mayordomos, acentuando que su cuerpo se expone a daños probablemente irreparables, que significan menor calidad y esperanza de vida.

No obstante, se exponga o no el testimonio, los actores aparecen como “objetos marginados” que para avanzar en su proyecto de subsistencia, se obligan a no *ver*, *sentir* y *sufrir*, mientras que el tiempo avanza y pese a la “fortaleza” física y mental acumulan dolor, tristeza, anhelos y desánimos.

La reestructuración del agro a nivel global, caracterizada por la intensificación del dominio del capital transnacional y la búsqueda de una integración flexible para aumentar la producción agrícola en escala, ha generado —entre otros factores— la precarización de mano de obra (Bendini, *et. al.* 2006: 252) y obligados desplazamientos nacionales e internacionales de grandes poblaciones que se emplean en distintas labores agrícolas.

Las tendencias dominantes y estructurales del mercado de trabajo rural obligan a los cuerpos a obedecer y favorecen la reproducción de la precariedad laboral y la pobreza de las familias, por lo que un aspecto central de la investigación es lograr un acercamiento al estudio de la fenomenología de la corporalidad. El cuerpo, extenuado y “apagado” representa una clave analítica importante que distinguirá a los actores, consideración que posibilita el estudio desde varios ángulos en sus trayectorias de vida.

El cuerpo como objeto de estudio cultural: ‘la otredad’

El cuerpo representa una selva de símbolos en el mejor y amplio sentido que han dado a esta metáfora autores como Clifford Geertz y Mary Douglas, como forma de acercarse a otras culturas

de este mundo variado y complejo (Bernal, 2008). Situado en el centro del simbolismo social, el cuerpo, ocupa el centro de la acción individual y colectiva. Por lo mismo, nos interesa la conformación corporal a partir de su estructura cultural, sujeta al principio antropológico que busca interminables procesos culturales de construcción y en donde el cuerpo se concibe como una estructura moldeable. La existencia del hombre, individual-colectivo que se construye en lo cotidiano, depende de una multiplicidad de factores en los que se encuentra presente la experiencia personal conjugada con la cultura, que asigna sus propias reglas y peculiaridades (Guzmán, 2008).

En nuestros días, a pesar de los avances de los modelos corporales del que las distintas disciplinas se han ocupado en cada momento histórico, éstos continúan siendo fragmentados (Muñiz, 2008) e insuficientes y se requiere articular el conocimiento a través de lo multidimensional (Varela, 2009).

Pese a que los estudios de Antropología del Cuerpo han tenido como objeto de investigación la corporalidad desde los años setenta, ya en 1936, Mauss, en su ensayo 'Técnicas del cuerpo' ejemplifica de qué modo la corporeidad es transmitida y adquirida. Antes que los animales, el humano es el primero en quedar subordinado al adiestramiento; los hábitos se aprenden en lo peculiar de cada cultura. Con los trabajos de Mary Douglas, John Blacking, Paul Ekman, Judith Hanna, Andrew Strathern entre otros; a partir de 1970 los estudios corporales surgen como un campo particular de análisis (Citro, s.a.).

La forma exclusiva de cada sociedad a través del tiempo desde que nace el hombre hasta que muere: el estilo de saludar, mirar, comer, dormir, sentarse, reír, andar, entre otros, genera productos culturales, condiciones que varían en cuanto a su codificación y configuración de sociedad en sociedad (Elias, 1936, citado por Galán, 2009).

La *hexis corporal* de Bourdieu es el cómo la historia se inscribe en nuestros cuerpos bajo la forma de *habitus*. El cuerpo representa la historia subjetivada, como expresión "naturalizada" de una infinidad de posiciones y dis-posiciones previas que los han objetivado. El *habitus* es totalmente inconsciente y donde se inscribe nuestro contexto e historia social. La *hexis corporal* representa la interiorización del campo social expresado en diferentes formas de pensar y de sentir que se transmiten en el cuerpo. La obra de Bourdieu está explícitamente cruzada por la necesidad ineludible no sólo de "colocarlo" en el discurso sociológico, sino también de entenderlo

como representación simbólica y única entidad capaz de "materializar" las prácticas sociales (Varela, 2009: 96).

Los aportes teóricos de Foucault, enmarcan el estudio corporal como un instrumento inspirado en las relaciones de poder y de dominación; el cuerpo como fuerza de trabajo productiva es útil sólo si se halla inmerso en un sistema de sujeción. Desde la edad clásica *Los cuerpos dóciles* aparecen como disciplina, son a los que se les da forma y educa, son *dóciles* cuando pueden ser sometidos, utilizados, transformados y perfeccionados (Foucault, 2009).

En una etapa posterior al feudalismo, el cuerpo se inscribe al mercado capitalista, ya desde los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* de Marx (1980), encontramos las implicaciones que este sistema propicia en las relaciones humanas. Una idea básica del pensamiento marxista alude a que en este periodo la explotación del hombre por el hombre subsiste en tanto que el proletariado, al no poseer los medios de producción, vende su fuerza de trabajo al capitalista y el cuerpo representa *un consumo desigual de energías*. Del Valle (2007), destaca que el cuerpo es una condición constitutiva de lo humano, en cuanto ámbito de enajenación por el uso de sus capacidades físicas y como lugar de expropiación de las capacidades de goce y disfrute; el hombre cuando es productivo y vende su fuerza de trabajo, genera plusvalor, momento en que ocurre su expropiación. No es novedad referir que en el mundo actual el cuerpo se convierte cada vez más en un objeto comercial: *se venden y se compran células, secreciones, tejidos y órganos* y en la medida que prospera la biotecnología se multiplican las posibilidades de compra-venta (Crussi, 2003).

El cuerpo, además de ser poseer una estructura natural anatómo-fisiológica, también es historia y cultura, en éste se reúne naturaleza y cultura, condición biológica y aprendizajes sociales, aspectos fisiológicos y sociabilidades incorporadas (Del Valle, *op. cit.*). La apariencia y las posturas que han sido moldeadas por el capital histórico, económico, simbólico y cultural, representan la diferencia entre las personas, explican el proceso histórico de vida asimilada a través del tiempo que en parte nos hace disímiles. Esta observación social y cultural de la que es objeto el cuerpo y sus modos de existencia, las imágenes que hablan de su espesor oculto y los valores que lo distinguen señalan evidentemente las diferentes estructuras sociales (Le Bretón, 1995).

La alteridad es otro elemento para la comprensión de las posturas, gestualidades, movimientos e imágenes que exhiben la precariedad de nuestros informantes. En principio, los seres humanos habitualmente distinguimos nuestro cuerpo respecto a otros, es decir, la diferencia versus semejanza –en constante interacción social–, simboliza patrones paralelos al desarrollo humano. Lo ‘propio’ y lo ‘extraño’ permitirá evidenciar las peculiaridades corporales incipientes que aparecen en los escenarios contiguos a los mercados de trabajo rural neoliberal.

No obstante, los trabajadores rurales enaltecen la riqueza y la diversidad cultural –lo que sobrevive en sus formas tradicionales de atuendo, lenguas, hábitos y costumbres regionales–, resisten habitualmente las miradas cargadas de prejuicios y discriminación social. A menudo, se juzga la fachada exterior ‘sucia’ y difícilmente se cuestionan las condiciones de hacinamiento en que viven y la fuerte deficiencia de servicios básicos con que cuentan. A falta de moradas adecuadas y por los espacios reducidos donde habitan, la misma reproducción de la vida ‘privada’ se percibe en los ‘espacios públicos’ donde acomodan los cuerpos para descansar en banquetas, rieles del tren, troncos, piedras o lo que encuentren.

Entre imágenes, posturas y gestualidades corporales

La complejidad corporal exhibe las posturas, movimientos, gestos e imágenes, registros que históricamente el ser humano aprende a través del tiempo. La inscripción o huella marcada en el cuerpo también se moldea en el estar, pertenecer, permanecer, sentir, pensar y andar por el mundo. Guzmán (2008), analiza esta relación corporal con la experiencia particular de vida por la que todo ser humano atraviesa: lo que vive, autopercibe y la interpretación de los otros: *el cuerpo vivido, el cuerpo percibido y el cuerpo interpretado*.

El cuerpo vivido. Se refiere a la experiencia que se vive al interior y que no es traducible o explicable; el ejemplo privilegiado de ello es el dolor pues por mucho que intentemos explicar en qué consiste, en realidad sólo cada quien sabe cómo le duele su dolor.

El cuerpo percibido. Alude a la forma de cómo percibimos nuestro propio cuerpo, siempre en correspondencia con el otro; es decir, que en la conformación de la propia percepción de mí mismo se encuentra involucrada la forma en que el otro me percibe.

El cuerpo interpretado. Es la explicación que el otro hace de mi cuerpo que a la vez condiciona mi propia interpretación. En esta dimensión lo más sobresaliente es la claridad que tengo de que otro me está interpretando, es decir, yo sé que soy en la medida en que soy para algún otro (Guzmán, *op. cit.*).

Ramírez (2008), destaca el valor de la integridad corporal como un recurso y condición indispensable para la existencia –relativamente– plena del ser humano, que acompaña la calidad de vida del sujeto durante toda su vida y por tanto, la influencia de cómo se percibe, se desenvuelve y se vincula en el mundo. Por ello, se examina la articulación del ser en su totalidad relacionada con los sentimientos, las sensaciones, el conocimiento y cómo experimenta su existencia.

En Bourdieu, *la fisonomía social del cuerpo* representa la *hexis corporal* y en el porte, los gestos, la manera de estar y trabajar están depositadas las disposiciones más básicas y vitales del *habitus*, pues en esa *hexis corporal* las personas expresan el aprendizaje de su lugar en el mundo y la manera objetiva de ser en el mundo. En el cuerpo los individuos depositan los valores sociales aprendidos en el pasado; la historia es cuerpo y el cuerpo simplemente es la historia misma de la humanidad. La fisonomía social de los jornaleros migrantes indígenas; la forma de caminar, mirar, sociabilizar, sentarse, dormir, amar, sonreír, etc., representa una disposición permanente y duradera, pues en los recorridos por los surcos y espacios de vida a través de varias generaciones se imprime continuamente el desgaste-maltrato.

Con la finalidad de explicar la conformación del lenguaje y gestualidad corporal y cómo ello se asimila en la autopercepción de los sujetos, se pone a consideración la posibilidad de observar el conjunto de espacialidades del migrante contemporáneo, como una red de lugares significativos donde ocurre la experiencia. A partir de la etnografía, en este apartado se analiza la imagen y postura corporal de los jornaleros migrantes indígenas del Valle de Yurécuaro, Michoacán, México. El escrito se expone como un ejercicio de la *mirada y el sentido*³. La mirada en este trabajo representa la visión del observador; el sentido lo presentan los interlocutores, ahí se plasman sus

3 La *mirada y el sentido* la retomamos de Galindo (1998), quien menciona el oficio del etnógrafo como descriptivo, fino y potente; desde sus orígenes se empleó como un proceso creativo enfocado a describir a detalle y analíticamente los eventos culturales. Actualmente la centralidad de la *mirada y el sentido* busca el esclarecimiento de los significados que los sujetos otorgan a sus prácticas, y se empeña en descifrar lo invisible del objeto cognitivo (Galindo, 1998: 353).

voces, sentimientos y los significados que testifican la vivencia desarrollada en la espacialidad cotidiana.

“Pos ahí nos quedamos hechos bolas”. El cuerpo en distintas espacialidades

El espacio, representa un recurso significativo que determina la diferencia social y, como todo recurso, es generador de poderes. En Signorelli (1999), encontramos esta propuesta: “El espacio se define en relación a los seres humanos que lo usan, que lo disfrutan, que se mueven en su interior, que lo recorren y que lo dominan. El espacio como recurso es un medio de supervivencia, estímulo a su utilización, ocasión de crecimiento, pero también de riesgo, tanto a nivel biológico como psicológico, para los individuos solos, no menos que para los grupos” (Signorelli, 1999: 53-54). Como recurso puede representar diversas modalidades para convertirlo en un instrumento de subordinación, o bien de liberación, de diferenciación o de igualdad. En nuestra zona de estudio, las moradas representan la relación entre las condiciones materiales e intangibles de lugares ‘acondicionados’ para vivir con características altamente insalubres, lo que implica precisamente un riesgo en estos dos niveles: el biológico y el psicológico.

En este sentido, la expectativa de lo que representa disponer un espacio ‘privado’, limpio, espacioso, ventilado, con servicios sanitarios adecuados, resulta una utopía para cientos de familias cuando llegan a trabajar en diferentes regiones agrícolas del país.

Sí, ahí está enfrente del cuarto un charco de agua podrida que le hace daño a mi mamá y andan las cucarachas, pero el cuarto que ahora rentamos es más grande. Aquí de que llegamos no nos meten más gente, pero allá los cuartos estaban más chicos que éstos y la dueña dice: ‘no pos como nada más son dos, o tres, aquí vamos a meter más’ y así metían a muchachas y señoras de fuera (Rosario 27 años de edad, indígena purépecha, cortadora).

Los lugares asignados para los trabajadores rurales son: las galeras, las cuarterías⁴, las

4 Cuartería es un término coloquial que empleamos en algunas localidades de México para referir al espacio habitación reducido. Por lo regular, la edificación de los pequeños cuartos es en serie, con bajos presupuestos, escaso o nulo mantenimiento y áreas de servicios colectivas. Los jornaleros también denominan a las cuarterías *vecindades*; sin embargo, bajo nuestro enfoque éstas

porquerizas, las vecindades populares. O también llegan a ser habitantes *sin techo*. Cuando se trata de sitios ‘resguardados’ bajo techo, los espacios para el desplazamiento son micro-espacios colectivos que configuran un sistema de emplazamientos, como si se tratara de celdas en un reclusorio. Se trata del lugar de vida donde ocurre la interacción: dónde habitar, circular y recorrer (Ricoeur, 2004).

Yo la semana pasada me sentía bien triste y dije: ‘Ay Dios mío cómo mis hijas se duermen sólo en una cama’, así mira atravesadas, todas atravesadas y yo y mi esposo y mis otras niñas chiquitas por un lado, y así nos quedamos y le digo: ‘pues ni modo, estamos viviendo pobre, Dios quiere que estemos así viviendo, andamos de allá pa acá’ (Alma, 37 años de edad, originaria de Zamora, Mich.).

Para situarnos en los sitios de vida en colectivo o habitáculos es vital recorrer estos escenarios donde conviven y se amontonan multitudes de personas bajo condiciones severas: moradas de alto hacinamiento, reducidas y precarias, en las que el cuerpo *se acomoda como la leña*⁵. Como si se tratara de aquellos campos de concentración para refugiados que existieron durante la Segunda Guerra Mundial, o quizá, como si estuviéramos contemplando las chabolas europeas conocidas como la Bindoville en España, donde las ‘habitaciones’ de muchos inmigrantes rurales las autoconstruyen con materiales de desecho y con lo que consigan.

(...) Hay unas casitas que a veces no estaban ni tapadas pues con techos, estaban como un chiquero de los puercos, ahí nos quedábamos destapados, sin techo. Así nos echábamos las cobijas y pues uno ya cansado llegaba y a dormir, uno descansaba a gusto, porque cansado pues a gusto duerme uno, por eso ni sentía si estaba tapado y había lugares donde goteaba toda la casa y el frío y luego estaba mojado el piso (Rómulo 45 años de edad, ex jornalero. Fragmento de historia de vida del año 2012, entrevistado en su comunidad natal, Ichán, Mich.).

últimas presentan características diferentes.

5 Expresión que empleó Ramiro, ex-jornalero, desde su comunidad de origen, Montaña Alta de Guerrero, Gro. México.

Las moradas, con dimensiones sumamente reducidas para los desplazamientos al interior; calurosas, oscuras, polvorientas, sin ventilación e iluminación, a veces son comparables con los campos de internación del sur de Francia que fueron destinados para los refugiados, especialmente españoles republicanos y alemanes socialdemócratas y comunistas que antecedían en el curso de la guerra a los campos de deportación; la antesala a los centros de exterminio en el centro de Europa. Ahí ocurría la vida del prisionero: entre piojos, miseria, hedor y enfermedad (Dreizik, 2015).

No pues como usted ya vio, no la verdad a mí no me gustaría vivir así, no se da el respeto a las personas. Será que el dueño del negocio (cuarterías) quiere hacer dinero y no sabe lo que les pasa, ni la necesidad de las personas, que no es posible que metas a diez personas en un cuarto. Yo creo que un marrano vive mejor, porque tienen ventilación. En un cuarto donde están diez personas hace calor, la misma suciedad, el alcohol, el no bañarse, el no tener limpieza, todo eso se mezcla... (Ramiro 40 años de edad, cortador, originario de Delicias Chih. No indígena. Ha sido cuadrillero).

Si este fenómeno ocurre en las sociedades desarrolladas, sucede en el resto del mundo, esencialmente en aquellas con enorme déficit socioeconómico. En todos los casos, ya sea *habitar* o más bien *ocupar* una barraca, una vivienda improvisada edificada con cartones, plásticos y maderas podridas, o vivir en cuarterías para jornaleros en México, encontramos, que estos lugares se encuentran carentes de medios elementales de bienestar y por lo mismo moldean importantes experiencias de acomodo corporal. El ocupar un habitáculo se da con independencia a la voluntad de las personas que por diversas circunstancias obvias no pueden contar con otra opción; se trata de espacios de vida asignados.

En los habitáculos, para continuar sobreviviendo, pronto aprenden que para permanecer deben adaptarse a las pautas establecidas y aceptar de manera explícita las condiciones o costos emocionales que ello represente.

‘Yo ya estoy acostumbrada a dormir así, yo me siento bien’. ‘Ahorita estamos bien, la licenciada (casera) no quiere borrachos ni que aquí se tome, y eso está bien. Quiere que no

estemos mal, que se barra’ (Celia, 34 años de edad, cortadora purépecha).

‘Uno conoce a las personas y ya después se acostumbra y hasta amigas ya va haciendo uno, pues ya se siente uno a gusto, yo me siento a gusto’ (María de la Paz 24 años de edad, cortadora, originaria de San Miguel Allende, Gto.).

En estos alojamientos donde a veces improvisan paredes y techos, conviven con constantes ruidos, diferencias étnicas y lingüísticas. Aquí resulta difícil mantener el orden e higiene; a falta de muebles, sobre el suelo se acomoda la ropa, los leños, jitomates de la pepena⁶, enseres de cocina, botes de trabajo, zapatos, etc. Para el ‘descanso’ nocturno los cuerpos y objetos se aproximan de manera irremediable; en el piso duermen ‘apilados’ los niños y adultos habituados con la invasión de moscas, olores de caños cercanos, toses, fluidos nasales. Los conflictos y las negociaciones propias de estos espacios además surgen por la insuficiencia y deficiencia en los servicios sanitarios.

En las cuarterías, existe un relativo y raquítico cobijo exterior donde los migrantes guardan las escasas pertenencias; fuera de este contexto, también se habita y llegan a posicionar el cuerpo en la calle.

Yo dormía allá en los vagones y también en el otro tejaban que está ahí por donde está el vagón, ahí dejaban dormir... (Ismael 52 años de edad, fue estibador, actualmente es cortador, originario de Comajilla, Gto.).

Pues no es bonito verdad, pero pues también hay que buscar la vida honradamente. (...) duermo ahí, pues como ayer llovió buscas donde no te mojes, pues no nos mojamos porque nos tapamos ahí, aquí me regalaron una cobija, me la regaló un chavo que traía dos y me dijo: ‘ten, como quiera ahí hay una mochila’, está rota pero sí sirve y la camisa también me la dio. Me baño en los riegos, ahí hay agua limpia, agua encharcada, imagínese vivir en la calle, afuera, o sea que no está en una parte, usted sabe que no es igual que en una casa pero hay gente que comprende, que ha sufrido como uno (Jorge, 19 años de edad vivía en los vagones viejos del ferrocarril en el momento de la entrevista).

⁶ Sobrantes de cosecha que no se destinaron para la venta.

En México, es común la desprotección e inseguridad en los nichos receptores de esta fuerza de trabajo agrícola. La experiencia de Miranda y Sepúlveda (2008) recorre estos lugares: “Viven bajo los árboles en donde los hay, en pequeños cobertizos contruidos por ellos mismos de desperdicios como palos, plásticos y cartones. En los Valles de Ensenada B, C y de la Comarca Lagunera, muchos jóvenes vivían bajo temperaturas extremas dentro de las carrocerías de autobuses viejos o vagones de tren abandonados (...), mientras que otros viven en ruinas abandonadas” (Miranda y Sepúlveda, 2008: 165).

Durante el sistema medieval, el cuerpo fue anulado y reducido por el perdurable poder del soberano. Posteriormente a esta etapa, le correspondería al sistema penitenciario ejercer las técnicas disciplinarias del castigo corporal y de la mente: “A través el uso del castigo, como práctica de la marginación, el hacinamiento, los trabajos forzados, la pésima alimentación, la carencia de libertades, la insuficiencia de aire y luz, la monotonía y la soledad, la cárcel se convierte en un modelo perfecto de tecnología de coerción sobre los cuerpos y las almas de los reclusos” (Foucault, en Ceballos, 2000:96). En sentido real no sólo metafórico, tener espacio significa libertad de dirigir, de ser, de relacionarse y viceversa; precisamente en toda sociedad la privación de espacio es la correlación de una posición subalterna o marginal en el sistema social (Signorelli, *op. cit.* 53). La cárcel, representa un lugar marginal donde la libertad se encuentra restringida. Algunos fragmentos de historias de vida permiten establecer analogías entre los sujetos y los prisioneros.

El cuarto donde yo estoy está chiquito, no cabe ni una cama, no tiene ventanas, solo tienen puerta, no hay ventilación, parece cárcel y yo pues necesito aire, hay que abrir la puerta para que me entre el aire y ahí uno tiene que ir aguantando pues porque donde quiera que vaya uno, va a encontrar eso (Ismael, 52 años de edad, cortador y fue estibador, originario de Comajilla, Gto.).

(...) Es la primera vez que llegamos a esta vecindad, es de un compadre mío, aquí vengo y de aquí no salgo. No hay como vivir en una casa nomás para uno, no hay como que viva una familia nada más, porque así pues la verdad sí está incómodo aquí, batallamos, nos sentimos como presos (Rodrigo, 43 años de

edad, mecapalero⁷, originario de Yurécuaro, Mich.).

La prisión, y en ésta la suspensión del espacio propio residencial y los trabajos forzados, son en realidad penas físicas que recaen directamente sobre el cuerpo, donde éste se sitúa como un instrumento; con el encierro o haciéndolo trabajar se consigue privar al individuo de una libertad considerada como un derecho (Foucault, año *op. cit.*).

Además de la vida de ‘encierro’ físico – cuando existe– donde el desplazamiento al interior es casi nulo, en ocasiones las barreras simbólicas del lugar aseguran que los jornaleros más ‘viejos’ permanezcan reclusos en sus cuartos la mayor parte de las temporadas agrícolas. Principalmente los cuerpos desgastados por el trabajo, carentes de nutrientes esenciales y por tanto, con escasa vitalidad procuran recuperarse del cansancio; se postran sobre el piso, petates, cartones, dentro de sus cuartos o descansan en pasillos reducidos.

¿Aquí? Yo aquí ninguna parte conozco. No, yo no salgo para ningún lado, nomás puro trabajar así y no conozco ni para allá ni para acá (Esperanza, a la edad de 35 años, originaria de Ichán, Mich. Cortadora. Falleció en el año 2013 a los 39 años).

No obstante a esta ‘reclusión’, en un momento de mayor acercamiento comprendimos que a pesar de las barreras simbólicas, también los jornaleros se movilizan dentro y fuera de la localidad para sostenerse en temporadas de crisis laboral o de salud. Buscan recursos de subsistencia en *la pesca, la pepena y la indigencia*.

El recluirse en los micro-espacios o tirarse en cualquier lado es un acto de someter el cuerpo, y por el cansancio habitual acumulado las personas deben acoplarse continuamente. Cuando el jornalero regresa de los surcos hambriento, sediento y con escasa vitalidad, preguntamos qué prevalecía más ¿el cansancio o el hambre? la respuesta siempre fue: *el cansancio*.

Sea el lugar que fuera, las posturas corporales de los migrantes acontecen bajo una serie de acomodados particulares en diferentes superficies del entorno, no importa de qué sujetos se trate: mujeres embarazadas, ancianos, niños o enfermos; en este ritmo de vida el migrante siempre debe acomodar el cuerpo, en cualquier lugar y circunstancia.

⁷ Cargador de la cosecha hasta el punto de acopio.

La cadena jerarquizada de actores

Lara (2001), ubica a los mercados de trabajo agrícola en México como parte de una segmentación vertical típica, donde son claros los mecanismos que justifican una estructura laboral dominante. Las labores agrícolas son “a pleno sol, pagadas “a destajo”, sin contratación formal, sin prestaciones sociales, en forma eventual y con horarios de duración indeterminados” (Lara, 2001: 370). A ello, agregamos el trabajo infantil, la exposición a riesgos y accidentes, la escasa o nula organización sindical, jornadas agotadoras, sin descansos, ritmos de fuerte responsabilidad, mal pagados y alojados.

El mercado demanda una cantidad considerable de mano de obra barata la mayor parte del año y requiere de gente entrenada para *sufrir*⁸, que se encargue de ejecutar las labores agrícolas más difíciles. Los jornaleros en Yurécuaro, Michoacán, forman un sector con importante experiencia migratoria a nivel intrarregional e interestatal, se integra de indígenas y no indígenas experimentados en las labores y a vivir *aquí y allá*; en menor proporción se ubican los menos adiestrados pero probablemente inmersos en este proceso de aprendizaje para la resistencia.

Dentro de esta cadena jerarquizada de actores, las cuadrillas se encargan de recolectar aproximadamente de 14 a 16 toneladas de cosecha al día. En cada una encontramos más o menos 26 cortadores⁹ y un mecapalero (también llamado *huacalero* o *canastero*); el colectivo lo dirige un jefe conocido como “cuadrillero”. *Los cortadores* avanzan todo el tiempo con la espalda flexionada, recolectan el fruto y lo vierten en cubetas que vacían en la canasta del *mecapalero*; éste a menudo debe ser más joven y fuerte, traslada con un mecapal (colocado en la frente) una canasta con un promedio de 120 o 130 kilos de jitomate o más, desde dentro de la tierra de labor hasta el camión donde lo estiban; con frecuencia se tuercen los pies y la espalda. (...) Para ellos, cualquier paso en falso constituye un accidente fatal (Miranda, Albarrán y Echeverría, 2012:183).

A los mayordomos se les conoce como *cuadrilleros*¹⁰. Estos intermediarios son los que

8 El sufrir es un término común que emplean los jornaleros en los testimonios. *Venimos a sufrir, allá se sufre mucho*, pero no alude al dolor (físico o psicológico), a una pena, resignación o victimización. Desde la óptica de los sujetos es sinónimo de resistencia corporal.

9 La cantidad de cortadores puede variar dependiendo del producto y del momento de corte.

10 En Sinaloa, México a este mayordomo se le conoce como ca-

organizan el trabajo, pero no se vinculan directamente con las agroempresas a las que abastecen mano de obra (Saldaña, 2014); ellos se encargan de subcontratar y destacan por ser “adinerados”. Por lo general poseen casas ostentosas, camionetas y capital social, es decir, prestigio y reconocimiento en la localidad. No es fútil mencionar que si las condiciones climáticas dificultan el trabajo agrícola, si el trabajador enferma en los surcos, si ocurre algún accidente, si no han comido o se han hidratado, si la jornada de trabajo se ha excedido más de lo habitual, etc., pase lo que pase, el trabajo se tiene que hacer. Independientemente de que el cuadrillero selecciona a los mejores peones para ir a los frentes de corte, presiona todo el tiempo para completar la cosecha y es común que cometa maltratos verbales.

El cuerpo percibido: *Yo me siento bien gacho cuando vengo aquí*

Por lo anterior, es evidente el panorama de trabajo extenuante que demanda diario un fuerte desgaste energético. En los surcos, la sobreexposición al sol durante las horas más críticas del día es inevitable y esta exhibición crónica es un indicativo importante en la apariencia corporal. De acuerdo con Environmental Protection Agency, United States (EPA)¹¹, el sol puede originar el envejecimiento prematuro de la piel y con el paso del tiempo influir para que la epidermis se arrugue, aumente de espesor y se vuelva áspera generando un daño gradual que en el caso de estos trabajadores pronto se manifiesta.

A menudo, los actores buscan cubrirse lo mejor posible con gorras, pañoletas y mangas largas. Por la misma sobreexposición solar y el trabajo ininterrumpido, la necesidad de hidratarse en estas circunstancias es fundamental. La exposición durante más de 8 horas continuas es cruel¹², especialmente cuando las madres trabajadoras llevan a sus bebés lactantes, los cargan en la espalda sujetos al rebozo durante todo este tiempo, bajo la postura espaldar flexionada y los pequeños reciben de manera prolongada los efectos del sol. *‘Yo me pongo una gorra y un pañuelo para que me tape la cara y un suéter’. ‘Si, por eso tratamos de llevar algo delgado debajo del suéter para que no nos quememos mucho, porque con el sol, se abre la piel’.*

mionetero; en Morelos, Mor. Capitán.

11 Ver <http://www.epa.gov/sunwise/es/efectos.html> fecha de consulta: 11/11/2014.

12 Durante el trabajo de campo fue sumamente difícil realizar los registros etnográficos, aún sin desempeñar labores agrícolas y a la sombra de los escasos árboles.

El acercamiento a la edificación corporal no siempre presenta las mismas características, no es lo mismo hablar del cuerpo maltratado como resultado de la experiencia migratoria obtenida a través de varias generaciones, que hablar de la corporalidad de una primera generación de familias migrantes. Es evidente notar la diferencia entre un cuerpo maltratado y el otro que no lo está. Cuando las personas ‘inician’ su formación laboral, los cuerpos suelen ser más saludables, presentan mayores complicaciones para adaptarse al estilo de vida precario, son susceptibles al cansancio laboral, experimentan dificultad para vivir en los vecindarios, invariablemente expresan lo duro del trabajo, se asombran de lo cotidiano, se enfadan y suelen no resistir a las tareas. ‘¡No! Yo el primer día me ponía a llorar y yo permanecía agachada trabajando...’ ‘¡Uy! es bien pesado, ¡bien pesado! No sé, es algo como muy feo. Representa un esfuerzo verdad, ¡demasiado esfuerzo y cansancio!, porque te levantas y casi no sientes la espalda y el estar así te duele tanto de estar agachado. El pecho me duele y cuando andas empinada, a veces te levantas para alzar el bote y ya no puedes...’

Se ha mencionado, la mayoría de los actores son especialistas en labores del campo, sin embargo, no por ello dejan de experimentar lo extenuante que resultan las jornadas. Sin tratar de mostrar el discurso de los actores como totalizante, la observación sugiere examinar la autopercepción corporal construida bajo una visión que siendo complementaria, no dejan de ser antagonica: *el cuerpo débil-fuerte*.

La corporalidad de los jornaleros percibida como *débil* independientemente al género, edad, generación, procedencia y grupo étnico de pertenencia alude al desgano, sufrimiento, enfermedad, dolencia, cansancio acumulado y también al deseo de revivir la fuerza próxima al declive.

Está escaso el trabajo y yo bien enferma. Yo esperaba este año con este poquito trabajo que me iba a poner a trabajar para comprar láminas para mi casa porque se llueve mucho, pero no, ya no puedo trabajar (Esperanza indígena purépecha a la edad de 39 años, meses antes de fallecer).

A veces no te quieren dar trabajo porque dicen que estás débil, dicen que no puedo levantar tanto peso, porque dicen que no puedo levantar mucho y no puedo trabajar igual que los grandes, y a veces gano poquito, no

gano igual que los señores. Ahí en el campo trabajando sufres mucho, te cansas a veces. Me gustaría trabajar en otra cosa que no esté tan pesado como éste (Alberto, 14 años de edad, jornalero cortador indígena).

En el caso de los trabajadores aún jóvenes, a menudo cuando experimentan el arrebató de la vida por enfermedad y han ‘envejecido’ imaginan cómo hubiera sido la vida de sus hijos con estudios. Desean que éstos algún día consigan un trabajo que no sea *bajo el sol*, confiesan el anhelo truncado de poder haber adquirido ‘un terrenito propio’, entre otros. En la mayoría de los casos visualizan la reducción de vida.

Yo pienso que estoy así por el cansancio, por el trabajo que uno hace aquí, es muy pesado lo que hacemos. Me pongo pomada, me la regalaron (Alma 37 años de edad, cortadora originaria de Zamora, Mich., postrada en cama al momento de la entrevista).

(...) *Voy al médico y me dan pastillas, me dan inyecciones y ya con eso se me quita pero un poquito, pero ya después en tres o cuatro meses y otra vez me vuelvo a sentir mal y me dice el doctor que yo ya no voy a trabajar porque cuando trabajaba mucho tiempo me dice: ‘No, ustedes no se cuidan porque levantan muy pesado’, le dije: ‘sí, es cierto’. Nosotros siempre levantamos puro pesado. Yo más antes trabajaba y en ese tiempo yo sí podía cargar una arpilla de papa para sacar allá mero en la orilla. En ese tiempo yo no sentía nada hasta que me enfermó y me dijeron: ‘ya no te vas a levantar, ya no levantas pesado’ le dije: ‘Sí’, pero cómo le voy a hacer si está muy pesada esa cubeta de jitomate y siempre voy a trabajar porque pues no alcanza...* (Esperanza, indígena purépecha a la edad de 35 años, cuando era cortadora).

Cuando no hay trabajo hay que aguantar, cuando sí tenemos hay que chingarle...

Respecto al grupo de personas con autopercepción corporal apreciada como *fuerte* notamos que la resistencia ante el trabajo prolongado parece no inhibir la fortaleza. El cuerpo para ellos representa un recurso del cual se enorgullecen, se visualizan con suficiente vitalidad y ánimo, expresan agrado al trabajo y resisten ocuparse más días a la semana.

Pues de como estoy acostumbrado a trabajar diario, no se siente nada pero como ahorita no tenemos trabajo nos acostamos y el día se hace bien cansado, ya está acostumbrado el cuerpo a trabajar diario y más o menos no se siente nada y salimos así como si nada. Agachados todo el tiempo así, empinado, cortando chiles, jitomates, pepenando y pues ahí buscando a ver qué, pues encontrarnos el pan de cada día, verdad (Epifanio, 41 años de edad, indígena náhuatl, cortador).

Los mecapaleros, no ignoran el peso del producto recolectado que cargan en sus espaldas. Por ser más fuertes obtienen 'mejores' ingresos que los recolectores del fruto; por lo tanto, su trabajo les brinda una mejor posición y estatus.

Pero los mecapaleros también saben que el trabajo desempeñado en los surcos, a corto plazo incidirá en el empobrecimiento corporal. Por ejemplo Rafael, un joven purépecha mecapalero, con el daño permanente de una de sus piernas requiere de importantes esfuerzos para realizar sus labores. Ahora su desempeño en el trabajo lo ha hecho cambiar de percepción fuerte a débil.

Tengo 30 años y otros 30 años que voy a vivir así sufriendo, (...) porque yo pienso que así como estamos viviendo con todo el sufrimiento yo creo que ni 30 años vamos a vivir, porque lloviendo y trabajando y sin comer y con hambre y cansado y llegando y hacer lo que vamos a hacer: lavar las cosas y hacer comida (Rafael a la edad de 30 años, indígena purépecha mecapalero).

Aún este grupo de jóvenes trabajadores fuertes, ha proporcionado testimonios relevantes del maltrato corporal; explican el dolor de las llagas y lesiones en la espalda, las marcas en la frente, ampollas en las manos; dolor de espalda, cabeza, rodillas, piernas, nuca, frente (Echeverría, Miranda y Ávila, 2014: 157).

Trabajé en Estados Unidos 8 años en Ice Keeper, me vine acá a México vine a adquirir experiencia y más que sufrir es para aprender en la vida. Las posibilidades no son muchas, te puedes descomponer el cuerpo, yo fui cuadrillero sé del jitomate, tomatillo, chile, brócoli. La experiencia es muy triste, ya no

llegas a viejo, se daña la columna y el pecho, te estás haciendo daño a ti mismo. Como a las 6 de la tarde se siente uno fatigado, la espalda duele, se siente el rigor... No es muy grave porque ya después te impones, hay a quienes les da calentura, yo digo que la gente se adapta a la necesidad (Juan Antonio 25 años de edad, no indígena, originario de Caracheco, Cortazar, Gto.).

En seis años ya más o menos aprendí. Fumigas, repelas, plantas, lo más difícil es fumigar, es muy pesada la bomba, se te cocen los pies, se te abren. (Rodrigo 40 años de edad, originario del D.F.).

Algunos, revelaron que los zapatos no les duran más de una semana, porque el peso de la canasta que cargan a cuestras origina que éstos pronto se arruinen, otros trabajadores explicaron que ingieren jugos embotellados, suero o toman pastillas para aguantar un día de labores.

Ante este panorama, sugerimos que cuando la corporalidad es violentada, nos enfrentamos necesariamente a un cambio en la conducta, pero también en la percepción, por lo tanto, la forma de percibir y concebir el mundo estará igualmente afectada. Creemos que los jóvenes jornaleros, tanto de corporalidad auto-percibida como *fuerte* o de corporalidad estimada como *débil*, con independencia a la escasa experiencia en las labores, o con mayor entrenamiento y habituados al campo y al cansancio, todos son conscientes que el ciclo de vida productivo termina antes. Los elementos tangibles de corporalidad disminuida aseguran que hay una valoración del afecto negativo en el cuerpo en escaso tiempo.

Consideraciones finales

Ponemos a discusión la importancia de tipificar la corporalidad de los jornaleros agrícolas a partir del análisis de la espacialidad en que transcurre su vida y donde interactúan elementos en común: la experiencia de habitar en las moradas colectivas y el trabajo extenuante, que genera escenarios multiétnicos peculiares de vulnerabilidad, toda vez que se trata de un amplio sector de personas adscritas al campo mexicano que no poseen otra forma de ganarse la vida.

Si bien las razones de mercado y la tecnología han reestructurado las formas de hacer agricultura

capitalista, la explotación de la fuerza de trabajo, las condiciones vitales de comer, de habitar, de enfrentar riesgos laborales y el salario de los jornaleros migrantes, no han cambiado radicalmente en México desde hace más de cincuenta años. Siguen existiendo las mismas galeras con piso de tierra y casi sin ventilación y las mismas tiendas de ‘abastecimiento’ en los campos agrícolas en las cuales los jornaleros compran a altos precios comida y bebida chatarra que no los nutre, pero les permite seguir trabajando.

La utilización de menos hombres por superficie de tierra ha intensificado las labores y la oferta de trabajo por periodos más breves ha hecho necesaria también una intensificación de la migración, incrementando así la precarización de estas labores.

Lo anterior hace que los jornaleros, al insertarse en el trabajo evidencien una forma peculiar de fragilidad en sus vidas. Se trata de un sistema económico que destruye, consume y desecha a los cuerpos. La estrecha interrelación entre la crisis de los lugares con la del empleo, como ocurre con los migrantes jornaleros se torna vital, pues el trabajo se sitúa en el centro de la existencia de estas personas.

En nuestro caso de estudio los jornaleros en declive se enfrentan a grandes disyuntivas, intensas preocupaciones, tristezas y conflictos personales entre el querer hacer y el ya no poder ser productivos. La contradicción entre un cuerpo agotado que ya no responde y un fuerte deseo de continuar siendo útil como en el caso de los trabajadores agrícolas, se une a los anhelos de seguir viviendo y dar lo mejor a sus hijos para que no hereden este legado transgeneracional ‘trabajoso’.

Se conoce que los cambios existentes en la vida del ser humano no siguen patrones fijos, que éstos se encuentran abiertos a las diferencias socio-históricas, por lo tanto, se considera que el desarrollo del hombre ocurre en múltiples direcciones y dimensiones y existen varias formas de envejecer (*life span*), que dejan fuera a la edad como un indicador válido para definir el envejecimiento humano (Pochintesta, 2012). Los jornaleros no son vulnerables en términos de la edad, sino en cuanto a su desgaste corporal y el moldeado de la vida productiva de la que son objeto. La fragilidad no representa una desventaja en el proceso de pérdidas sensomotrices (Lalivé D’Epinay, Ch y Guilley, E, 2004 en Pochintesta) o de un declive cognitivo o sensorial, sino poseer un cuerpo desgastado e imposibilitado para trabajar, en parte por la pérdida acelerada de las reservas fisiológicas, pero también por lidiar con la indolencia social y

con los mecanismos estructurales que generaron su fachada exterior reducida.

Los jornaleros ‘deben’ asimilar en breve tiempo, el proceso intenso de experiencia de una arquitectura corporal *fuerte o débil* y múltiples emociones encontradas: vergüenza, dolor, incompreensión, sensaciones, sentimientos y auto-conceptualizaciones de deterioro.

La exterioridad de los cuerpos docilitados como la parte más notoria que exhibe este lenguaje desgastado es particular: cansancio acumulado, pieles morenas de sol, reseca, agrietadas, rostros pálidos y entristecidos, enfermedades desatendidas, minúsculas posiciones al sentarse o acomodarse en espacios públicos, cuerpos con dolencias, a veces con esbeltez o sobrepeso, y la vitalidad que se consume cada día.

El cuerpo aún joven y a la vez ‘envejecido’ es quien representa a este sector. La reflexión de la “fachada exterior de los sujetos” surge como resultado de una serie de experiencias de acomodados corporales, en diferentes lugares y circunstancias críticas, donde el cuerpo aguanta y se acopla permanentemente para trabajar y descansar a lo largo de la práctica migratoria. Sin embargo, consideramos que hablar del cuerpo por sí mismo no sería una explicación suficiente para revelar su empobrecimiento. También el escenario impregnado de elementos intangibles en los espacios representa una clave analítica que retomamos en la conformación de este continuo moldeado y apariencia. Independientemente de que la vida de los jornaleros se encuentre consagrada al trabajo, los espacios de vida altamente precarios, también participan en debilitar la corporalidad.

En las habitaciones se distribuyen los cuerpos como ‘máquinas’. *El cuerpo-máquina* como soporte del individuo y frontera de su relación con el mundo según Le Breton, aparece como si se tratara de un artefacto que las moradas se encargan de moldear. Los vecindarios forman un tipo de ciudad cerrada cuyos ocupantes son, por definición, especialistas en las labores agrícolas. En esta ‘ciudad’, ingresan sólo quienes han sido entrenados para resistir las arduas labores del campo, ello representa un grupo “diferenciado” del resto de la localidad.

En este proceso transcurren notables ajustes en la vida de los sujetos y encontramos con regularidad que a pesar de llevar impreso en el rostro, el cuerpo y el alma el atrofio, en un primer nivel de reflexividad discursiva no expresan inconformidad con sus espacios precarios, o ésta pasa a segundo

término, pues lo fundamental en el proyecto de vida es el tener la oportunidad de trabajar para subsistir; sin embargo, el lenguaje corporal denuncia las condiciones deprimentes en que viven. En cambio, el testimonio de los efectos nocivos que genera el trabajo en sus cuerpos a menudo es extenso, visible y no existe dificultad para su indagación.

Bajo la heterogeneidad de situaciones, lugares y espacios es importante la comprensión entre moradas y trabajo precario y el proceso de adaptación, disposición, resistencia corporal y la autopercepción de los protagonistas. En esta línea, entender cómo el *ser, estar y sentir* se sobrelleva frente a la única opción de vida, representa un proyecto que implica una compleja lucha de sobrevivencia, por lo que el cómo viven y por qué son tolerables cuando se tornan intolerables las condiciones de vida y de trabajo, nos remite a su auténtico equilibrio psíquico. Comprender cómo se dibuja esta dimensión de la realidad que viven no es un asunto menor, pensando en nuestra capacidad para entender su dignidad y el aporte que cada día ofrecen a la producción agrícola regional y nacional.

Desde la academia, más allá de documentar y difundir un caso más de exclusión social y pobreza extrema, el pensar cuáles serían nuestras responsabilidades y compromisos en el sentido de la democracia y de la justicia social para con este amplio sector social, sería quizá un mínimo aporte.

Bibliografía

- BENDINI, M. BARBOSA, J. y S. LARA (2006) "Una mirada sobre el campo de la Sociología Rural en América Latina" en: De la Garza E. (coord.) *Tratado Latinoamericano de Sociología*. México: Anthropos, UAM-I.
- BERNAL, T. (2008) "Esperando a los bárbaros, el cuerpo del otro" en: Muñiz E. (coord.). *Registros corporales*. México: Colección Humanidades UAM-A.
- CEBALLOS, H. (2000) "Foucault y el poder". México: Ediciones Coyoacán.
- CITRO, S. (s.a.) *Una aproximación al estudio del cuerpo*. Universidad de Buenos Aires – CONICET. <http://www.antropologiadelcuerpo.com/> Fecha de consulta: 10/08/2015.
- DEL VALLE, M. G. (2007) "Capitalismos y corporeidad. Buscando el lugar del cuerpo en la reproducción/ transformación social" *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.
- CRUSSÍ, F. (2003) "Una historia del cuerpo humano." *Revista Letras Libres* N° 49, p. 12-19.
- DREIZIK, P. M. (2015). "De la exclusión al exterminio." <http://imagenesparamemorar.com/tag/campos-de-internacion/>. Fecha de consulta: 12/04/2015.
- ECHEVERRÍA, M. R., MIRANDA, A., ÁVILA, L. A. (2014) "Paisaje de los cuerpos docilitados." *Revista Chilena de Antropología Visual* N° 24, p. 152-173. www.rchav.cl/2014_24_etn01_echeverria_et_al.html. Fecha de consulta: 11/09/2015.
- _____ (2012) "Espacios de vida y pobreza en la trashumancia moderna", en: S. Berumen y J. López (coords.) *Pobreza y Migración: Enfoques y evidencias a partir de estudios regionales en México*. México: Instituto Nacional de Migración.
- FOUCAULT, M. (2009). *Vigilar y castigar nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- GALÁN, G. (2009) "Aproximaciones a la historia del cuerpo como objeto de estudio de la disciplina histórica." *Revista Historia y Grafía* N° 33, p. 167-204.
- GALINDO, J. (1998) "El oficio de la mirada y el sentido" en: Galindo, J. (coord.) *Técnicas de investigación en sociedad cultura y comunicación*. México: Addison Wesley.
- GUZMÁN, A. (2008) "Nuestros cuerpos" en: Muñiz, E. (coord.). *Registros corporales*. México: UAM-A.
- LARA, S. (2001) "Análisis del mercado de trabajo rural en México en un contexto de flexibilización" en: Giarracca, N. (comp.) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO.
- LE BRETON, D. (1995) *Antropología social del cuerpo humano*. Buenos Aires: Nueva Visión SAIC.

- MARX, C. y F. ENGELS, (1980) *Escritos económicos varios*. México: Grijalbo.
- MAUSS, M. (1979) *Sociología y Antropología*. España: Tecnos.
- MIRANDA, A. e I. SEPÚLVEDA (2008) *Piececitos trashumantes: los niños jornaleros migrantes en México*. México: Secretaría de Desarrollo Social, Guerrero, Universidad Autónoma Chapingo y Castellanos Editores.
- MUÑIZ, E. (2008) *Registros corporales*. México: UAM-A.
- NARVÁEZ, B. (2006) *Ciudades difíciles: El futuro de la vida urbana frente a la globalización*. Madrid: Plaza y Valdés.
- POCHINTESTA, P. (2012) "De cuerpos envejecidos: un estudio de caso desde el discurso publicitario." *Revista Pensar la Publicidad* N° 1, p. 163-181. <http://revistas.ucm.es/index.php/PEPU/article/view/38661/37385/> Fecha de consulta: 14/10/2015.
- RAMÍREZ, E. (2008) "Castración mágica ¿Imaginación o realidad?" en: Muñiz, E. (coord.). *Registros corporales*. México: UAM-A.
- RICOEUR, P. (2004) *La memoria, la historia, el olvido*. México: FCE.
- SALDAÑA, A. (2014) "Intermediarios laborales en Morelos: abasto de jornaleros agrícolas en el centro y noroeste de México". *Revista Estudios sociales* N° 22(43). <http://www.scielo.org.mx/scielo.php> Fecha de consulta: 30/09/2015.
- SIGNORELLI, A. (1999) *Antropología urbana*. México: Anthropos UAM-I.
- VARELA, S. (2009) "Hábitus: una reflexión fotográfica de lo corporal en Pierre Bourdieu". *Iberoforum Revista de Ciencias Sociales* N° 7 p. 94-107. <http://www.uia/iberoforum> Fecha de consulta: 22/01/2012.

Citado. ECHEVERRÍA-GONZÁLEZ, María del Rocío, SEPÚLVEDA GONZÁLEZ, Ibis y MIRANDA MADRID, Adela (2016) "Una aproximación a la expresividad corporal en jornaleros agrícolas migrantes mexicanos" en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*, N°22. Año 8. Diciembre 2016-Marzo 2017. Córdoba. ISSN 18528759. pp. 61-73. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/423>.

Plazos. Recibido: 24/11/2015. Aceptado: 17/07/2016.